

A

Para muchos lectores, el nombre Isaac Asimov (1920-1992) y ciencia ficción son términos casi sinónimos. A partir de los años cuarenta, Asimov fue uno de los autores favoritos de John W. Campbell, editor de *Astounding*, donde aparecieron gran parte de los relatos y novelas cortas que, más tarde, se editarían en forma de libro en los años cincuenta. Con títulos como *Yo, Robot* (1950) y las “novelas de robots” que de ella derivan, o con la trilogía inicial de la *Fundación* (1951-53), Asimov labró su gran fama popular que culminaría con obras como *Los propios dioses* (1972) que le valió el primero de sus varios Premios Hugo.

Isaac Asimov nació en Petrovichi, Rusia, al suroeste de Moscú, en la provincia de Smolensko. Era el 2 de enero de 1920. Fue el primer hijo de Judah y Anna Rachel, judíos ambos que, en 1923, decidieron emigrar a Estados Unidos donde se establecieron en el Brooklyn neoyorquino.

Según cuenta en su propia autobiografía, Asimov aprendió a leer por su cuenta, a los cinco años, antes de acudir regularmente a la escuela. Así, como un sorprendente e inverosímil “niño prodigio”, empezaba su carrera. A los ocho años obtuvo la nacionalidad norteamericana. Su padre tenía una tienda de golosinas en Brooklyn y el joven Isaac debía atenderla a menudo. Allí descubrió la ciencia ficción, precisamente con el ejemplar de agosto de 1929 de la revista *Amazing Stories*. Pronto se convirtió en un gran aficionado al género.

Isaac Asimov

Según parece, empezó a escribir narraciones de ciencia ficción desde los once años, pero su primera publicación no llegaría hasta 1939, cuando el relato “Marooned Off Vesta” veía la luz en la misma *Amazing Stories* que le había introducido en el género. Aunque fue en *Astounding* donde se imprimió primero su nombre, esta vez al pie de una carta que apareció publicada en 1935.

Mientras tanto, el joven Asimov estudiaba química en la Universidad de Columbia, aunque en 1942 tuvo que dejar temporalmente sus estudios para servir en la U.S. Navy en Filadelfia. En 1942 se casó con su primera esposa, Gertrude Blugerman, con la que tuvo dos hijos, David (1951) y Robyn (1955). Tras divorciarse, en 1973, se casó de nuevo con la psicóloga Janet Jeppson.

En 1946, terminada la Segunda Guerra Mundial y

el servicio militar, volvió a sus estudios para obtener el doctorado en química en 1948. Posteriormente recibiría entre los aficionados a la ciencia ficción el cariñoso sobrenombre de “el Buen Doctor”.

Su afición era la ciencia ficción, pero su trabajo era la ciencia, y se empleó como profesor de bioquímica en la Escuela de Medicina de la Universidad de Boston. Fruto de esta actividad profesional fueron sus primeros libros de ciencia como *Biochemistry and Human Metabolism* (1952) y, desde 1957, su columna sobre temas científicos en la revista *Venture Science Fiction* y, poco más tarde, para *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*. Con ello ponía los cimientos de su futura y exitosa carrera como divulgador científico y también como conferenciante de éxito a partir de su primera charla retribuida (¡con 10 dólares!) en 1956.

Pese al éxito que obtenía con la ciencia ficción, cuando en 1958 dejó su trabajo como profesor y se dedicó completamente a su labor de escritor (¡más de 500 libros!...), su intención era centrarse en la divulgación científica. Y así lo hizo, al menos al principio. De hecho entre 1958 y 1972 sólo publicó relatos y una única novela, *Viaje Alucinante* (1966), fruto de su primer, único y desastroso contacto con Hollywood.

Es curioso constatar como un erróneo sentido del prestigio de la ciencia exageradamente idealizada hace que personas que destacan en las difíciles tareas de la divulgación científica y la creación literaria puedan haber sido injustamente infravaloradas por el *establishment* científico. No se les perdona que hayan dejado a un lado los “brillantes” caminos de la ciencia por la deformación que, a ojos de algunos intransigentes fundamentalistas científicos, pueda representar la divulgación científica o la ciencia ficción.

Asimov, por ejemplo, tuvo que abandonar la actividad universitaria incluso a pesar de su reconocida excelencia como profesor, conferenciante y divulgador. Le acabaron echando otros compañeros más interesados en un determinado tipo de investigación y en unos modos de actuación que, un tanto paradójicamente, se reconocen muy adecuadamente en la clásica etiqueta de “publicar o perecer” (lo que viene a significar una ciega y absurda confianza en la cantidad como crisol donde hacer nacer la calidad...). Afortunadamente, la historia tiene, aunque sólo a veces, un curioso sentido de la justicia: ¿algún lector recuerda quien fue Chester Keefer? Lo más probable es que no. Era el director científico del departamento y responsable de investigación que decidió prescindir de Isaac Asimov en la Facultad de Medicina

de la Universidad de Boston en 1957. Es ocioso preguntar si alguien recuerda a Asimov, respetado divulgador científico y famoso autor de ciencia ficción. La historia, a veces (sólo algunas veces) resulta ser, al menos, un poquito justa. Tal vez el Asimov autor de ciencia ficción resulte demasiado lineal para los gustos de hoy. Para hacer ciencia, divulgar ideas tecnológicas o escribir esa ciencia ficción que hacía Asimov, es mejor tener un cerebro ordenado, una capacidad positiva clara, y no incurrir en excesivas contradicciones. Ello puede estar reñido con el infinito juego de matices, dudas y no menos contradicciones que puede ofrecer un cerebro atormentado y confuso como, por ejemplo, pudiera ser el de ese otro gran autor de ciencia ficción (de una ciencia ficción distinta a la de Asimov) que fue Philip K. Dick.

En cualquier caso, la obra de Asimov es maravillosamente coherente con su persona y sobre todo con su intención, a veces incluso explícitamente declarada, de hacerse entender por la gran mayoría. Lo logró muchas veces, nos interesó con sus especulaciones sencillas y lineales y ayudó a hacer comprender el importante papel de la tecnociencia en el mundo de hoy. Y, eso es lo más importante, en el de mañana.

Isaac Asimov falleció el 6 de abril de 1992. Se dijo entonces que falleció por fallo renal, pero después se ha sabido que, en la operación de su triple by-pass de coronarias, realizada en 1983, le fue inoculado el virus del SIDA en el hospital, y la odiosa enfermedad acabó con su vida tras diversos y muy severos problemas de salud a partir de 1989.